

1007

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Car. de la Universidad
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

GRATA COMPAÑÍA: UNA SABROSA CHARLA ERUDITA
DE MARÍA ROSA CON DON ALFONSO

Dr. JAMES WILLIS ROBB
The George Washington University
Washington, D.C., U.S.A.

EL EPISTOLARIO DE MARÍA ROSA LIDA y de Alfonso Reyes que se conserva en el archivo de Don Alfonso en su biblioteca (La "Capilla Alfonsina") en México, D. F., ofrece el precioso testimonio de una encantadora amistad literaria entre dos grandes eruditos para quienes la erudición era a la vez materia de sabrosa charla rebotante de "simpatía", de "cortesía" y de sensibilidad, salpicada de agudas alusiones, de buen humor y de mutua crítica constructiva: o sea, un perfecto ejemplo del perdido arte de la buena conversación entre dos finos intelectuales.

En el extracto que aquí reproducimos se destacan las perspicaces observaciones de María Rosa provocadas por la sucesiva lectura de diversas obras de Don Alfonso, y sus confidencias respecto a su propio libro, entonces en elaboración, sobre *La Celestina*. Las cartas abarcan el período de 1952-1959 (los ocho últimos años de vida de Alfonso Reyes) y se cruzan casi todas entre María Rosa en Berkeley, California, EE.UU., y Alfonso Reyes en México, D. F. (a excepción de una de María Rosa desde Madison, Wisconsin). Incluimos además tres poemas de Alfonso Reyes dirigidos a María Rosa, los cuales figuran en la sección "Cortesía" de su obra poética recogida, *Constancia poética (Obras completas, X, México: Fondo de Cultura Económica, 1959)*, que son precisamente amenos versos de circunstancia que cruzaban como cartas entre Reyes y sus amigos; y citamos por añadidura otro poema de casi igual índole dirigido por María Rosa a Don Alfonso y que figura

¹ Quedamos siempre agradecidos al Dr. Alfonso Reyes Mota y a Alicia Reyes por la oportunidad de consultar y reproducir porciones de este epistolario.

en el *Libro Jubilar de Alfonso Reyes*, libro de homenaje editado por la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la primera carta de nuestra colección, María Rosa ofrece a Don Alfonso sus comentarios comparativos sobre dos libros suyos, es decir dos ediciones del mismo poemario *Homero en Cuernavaca*: (1) La primera edición apareció en una edición de la revista *Abside* (México: "Abside", 1949), impresa en páginas color de rosa. (2) La segunda edición, *Homero en Cuernavaca (1948-1951)*, considerablemente revisada y aumentada (con treinta sonetos en vez de quince), México: Tezontle, 1952, es la definitiva, recogida en las *Obras completas* (X), y la que da lugar al comentario de María Rosa. Por su temática clásica y su carácter erudito, es una obra que forzosamente había de atraer de manera singular a María Rosa Lida:

Berkeley, 15 de marzo de 1952.

Muy admirado y muy querido don Alfonso Reyes:

¿Quién dijo que nunca segundas partes fueron buenas? Aunque, claro, este *Homero en Cuernavaca* no es la segunda parte, sino la entelequia a que el otro aspiraba.

Ahora puedo confesar que fui al *Homero* de 1952 con un poco de temor: ni para Alfonso Reyes me parecía cosa fácil igualar la gracia y la gallardía de las páginas sonrosadas de *Abside*. Figúrese Ud. con qué multiplicada delicia fui saboreando los sonetos nuevecitos, cotejando los "renovados" y admirando todos. En cierto modo, más me admiraron los "renovados" que los nuevos. Porque un buen soneto, de manos de Alfonso Reyes, no es sorpresa; pero un buen soneto certeramente mejorado cuando lo difícil era columbrar dónde cabía mejora, sí lo es. Lo asombroso es el rumbo seguro que tanto retoque y variante llevan al ritmo más unitario, a la expresión más castiza y concreta, al sentimiento más grave.

Y va de ejemplo...

No me atrevo a disecar la perfección ganada retoque a retoque en los tercetos de Tersites: don Pedro Henríquez Ureña si los hubiera subrayado, con ese lápiz suyo, fino como su entendimiento...

En cuanto a los sonetos nuevos, ¿recuerda Ud. aquel dicho de que el buen soneto se abre con llave de plata y se cierra con llave de oro? Se me vino a las mientes al releer Hera, Instante de Glauco y Diomedes. Oro puro es el final de los sonetos "exegéticos", "no la oculta raíz, sino la rosa", "la ruta vertical, la poesía", o el de "Desengañado Aquiles..." con su adecuación de ritmo romántico a desolación romántica: "su frío desamparo, su arisca soledad". No conozco, en lengua alguna, mejor

"impresión" de la *Iliada* que el Galope. Todos los sonetos de la preciosa serie, pero éste más palpablemente que los demás, realiza lo que parece una contradictu in adiecto: *poesía crítica*. Está Ud. en buena compañía, querido don Alfonso. Pienso que desde su cielo mediterráneo, Meleagro de Gádara, Patrono del delicado género, le tiende a Ud. su oloroso ramillete libresco.

Con toda mi admiración

MARÍA ROSA

Don Alfonso, conmovido por la reacción de María Rosa, le contesta lo siguiente:

México, D. F., 22 de marzo de 1952.

Sra. María Rosa Lida Malkiel,
1 Arlington Lane,
Berkeley, California,
U. S. A.

Querida amiga María Rosa:

Le escribo a vuelta pluma... Dejando aparte la generosidad de sus juicios, que agradezco de corazón, me encanta percibir que hay quien recoja todas mis intenciones poéticas. No por defender errores, sino por el placer de conversar con usted, le contesto sus dos objeciones...

...Notaría usted que en general paso una esponja dondequiera que el tono se me había vuelto algo declamatorio. Observe usted la transformación del soneto a mi padre. Pues a los padres y a la patria hay que amarlos, pero no hay que contarlos a todas horas como lo hacemos los patriotas mexicanos, que abusamos del sentimiento nacional hasta para anunciar una purga por la radio.

Un afectuoso abrazo de su muy agradecido y devoto.

A. R.

El "soneto a mi padre" es el titulado "De mi padre" (*Obras completas*, X, p. 418), uno de los finos y sinceros homenajes rendidos por Don Alfonso a su padre el General Bernardo Reyes,² aquí evocado entre sus lecturas homé-

² V. especialmente: "9 de febrero de 1913", *Obras completas*, X, México: Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 146-147; *Parentalia*, México: Tezontle, 1959; y *Ora-ción del 9 de febrero*, México: Era, 1963.

ricas como de la misma estirpe heroica de Alejandro, César, Rodrigo "Mío Cid", Aquiles y Odiseo:

*Navegando la Iliada, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.*

Luego sigue María Rosa expresando su admiración por la manera en que Reyes va siempre superándose a sí mismo:

Berkeley, 6 de mayo de 1952

Señor Don Alfonso Reyes
Querido amigo:

La exigencia de Ud. para consigo mismo me asombra. A su lado, todos somos chapuceros...

Las cuatro correcciones, admirables... Cuatro enmiendas: cuatro lecciones.

Le agradezco, querido don Alfonso, la confianza con que Ud. me honra. Bien sabe Ud. que sigo maravillada el camino de perfección de su magistral guirnalda de sonetos homéricos.

Con afectuosa admiración,

MARÍA ROSA

Más adelante, la primera edición de la *Obra poética* (1906-1952), México: Fondo de Cultura Económica, 1952, de Reyes suscita esta reacción de María Rosa:

Berkeley, 30 de noviembre de 1952.

Querido don Alfonso:

¡Qué difícil poner en palabras la delicia de este fin de semana que se me ha escurrido leyendo y relejendo la Obra poética de Ud.! Porque hay allí la variedad inagotable de un alma inusitadamente rica, la diversidad de experiencias y escenarios a pocos deparada y, a través de todo, una fuerte unidad de calidad, hecha de sentido de la lengua, fino y estricto, de hondura intelectual, de gracia torneada y exacta, de perfección "como plomada de albañil segura". En lo grande y en lo pequeño, en Ifigenia y en los versos de ocasión: ¡envidiables, los destinatarios!

Pero echo de menos a antiguos amigos. ¿No le he contado a Ud.

nunca mi encuentro con su Santa María Egipciaca? Hace infinidad de años —pero lo recuerdo como si fuese ayer— trajo Raimundo [Raimundo Lida] la revista con los versos de Ud. que empezaban:

*Y fué maravillosa cosa
que de la espina nació la rosa.*

Me embelesaron tanto esos versos que corrí a buscar en Rivadeneyra el "original", y descubrí entonces que los únicos versos hermosos de Santa María Egipciaca eran los de Alfonso Reyes. Desde entonces tengo ojeriza a aquella venerable ristra de eneasílabos.

Nació la rosa. Y, asido a la rosa, el bicho utilitario, es decir, yo que chupo ahora la primorosa Estampa de San Pascual Bailón (nombre y apellido que parecen invento de Valle Inclán). Pues tengo en prensa unos papeles en que enumero a algunos tahures de tiempo (Jeremías, Esdras, Onías, San Amaro, el monje de la pajarita), y San Pascualín me viene de perlas. Pregunta confidencial: el tiempo abreviado del éxtasis de San Pascual ¿es vox populi o vox Regum?

Con todo mi cariño, con toda mi admiración,

MARÍA ROSA

P/s Un saludo muy cordial de mi marido.

El poema de *Santa María Egipciaca* de Reyes no se encuentra en su *Obra poética* ni en su *Constancia poética* (OC, X), sino dentro de su libro en prosa *Horas de Burgos*.³ En su último párrafo, María Rosa parece haberse contagiado del gusto de Don Alfonso por el que éste considera su santo patrón, San Pascual Bailón, santo cocinero que se durmió y se comió el tiempo a lo Rip Van Winkle, como lo explica Reyes en varios lugares, incluso al evocarlo como santo protector en su menú en verso, *Minuta* (OC X, pp. 381-384).

Entre esta carta y la próxima, Don Alfonso le dirige a María Rosa un saludo de Año Nuevo en verso, contestando a la vez un reciente envío (OC X, pp. 300-301):

³ A.R., *Las tres hipóstasis: María pecadora, María asceta y Santa María*, modernización de algunos pasajes de la *Vida de Santa María Egipciaca*, poema español del siglo XIII" (V. OC X, p. 491), recogido en OC II, pp. 104-106.

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

por sus páginas sobre "el patagón"
y la métrica de la Biblia

Yo que no soy "patagón"
—jactancias del "pie pequeño"—
ni he practicado jamás
la métrica del hebreo,
a celebrar me dispongo
y a felicitar me ofrezco
a María Rosa Lida
de Malkiel, en su Año Nuevo.
Le mando en esta "postal",
como justo rendimiento,
la imagen del belvedere
donde recogerme suelo,
arriba de mi azotea
donde alcanzo a ver el cielo
y donde algunas vecinas
me avisan con el pañuelo
que ya se acaba diciembre
y que ya comienza enero.

27 de diciembre, 1952.

El referido *belvedere*, como lo explica Don Alfonso, es un cuarto construido en la azotea de su casa, adonde a veces se retiraba para escribir, y situado por encima del escritorio que se encuentra en el balcón dentro de su biblioteca. A este poema ahora se refiere María Rosa como *El Romance del Belvedere*:

Berkeley, 19 de enero de 1953

Querido don Alfonso:

Si algún año he comenzado bajo el patrocinio de las Musas, ese año es 1953, en el que me interno con doble pasaporte: el precioso Romance del Belvedere ("Yo, que no soy patagón...") y El vendedor de felicidad. ¡Qué hermoso, don Alfonso, qué hermoso es el largo párrafo de la última página! En ese sobrio español, que tiene el refinamiento de llevar

traje de todos los días, cuántas nobles voces resuenen... ¿Quién puede sinceramente desamorarse de la vida? Y Ud. pone el dedo en la viva llaga: desde cada respuesta acecha el mismo terror. Así es: su Vendedor de la felicidad, como toda la grande literatura, no se acuerda de happy ends y nos fuerza a enfrentarnos con las cosas como son.

Por todo, mil gracias y mil buenos deseos.

MARÍA R.

Otra lectura de tema helénico en la obra de Don Alfonso merece este comentario:

Berkeley, 2 de mayo de 1953

Querido y admirado amigo:

Mil gracias por el sobretiro de las Edades hesiódicas.⁴ Leerlo fué un raro placer (también en sentido aurífero). Pues ¿acaso es cosa de todos los días hallar tan discreta exégesis en tan sabroso español?

Por asociación: ¡cuánto desearía que hablase Ud. de la poesía didáctica en sí! Amalgama más extraña y preciosa que el oricalco y el electrón: díganlo el propio Hesíodo y Lucrecio y Virgilio ¿y por qué no Landívar?

Con toda admiración,

MARÍA R.

Cuando María Rosa se encuentra en la Universidad de Wisconsin, Don Alfonso le encarga la búsqueda de algunos datos que le puedan ayudar en sus propias investigaciones:

Madison, Wisconsin,
11 de febrero de 1955

Querido don Alfonso:

...No sé, querido don Alfonso, si este magro informe le servirá de algo. De todos modos, me halaga mucho que de cuando en cuando pueda yo creer que Ud. cree que yo creo que le puedo ser útil.

Muy afectuosamente

MARÍA R.

⁴ A.R., "Interpretación de las edades hesiódicas", recogido en *Estudios helénicos*, OC XVIII, México: Fondo de Cultura Económica, 1966, pp. 36-39.

Dos primorosas epístolas en verso de Don Alfonso (*OC X*, pp. 308, 309-310) se interponen antes de la próxima carta que encontramos conservada en el archivo:

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

que jugaba con temas y metros de Sor Juana

*María, Rosa y Estrella
—¡que radiosa trinidad!—
prestan su radiosidad
para alumbrarme con ella.
Si Sor Juana se querella
de quien hoy la desafía
cantando en su compañía,
díganle al punto a Sor Juana:
—No es tu rival, es tu hermana,
Estrella, Rosa María.*

22 de febrero, 1957.

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

que andaba entre mis libros a la vez
que leía a Alfonso el Sabio y a
otros de sus autores

*Prenda de María Rosa,
de su pluma y de su labio,
correspondo a su gustosa
misiva con emoción,
que, sin ser Alfonso el Sabio,
soy el de la soledosa recordación.*

22 de marzo, 1958.

El séptimo tomo de las *Obras completas* de Alfonso Reyes (aparecido en 1958) despierta este comentario de María Rosa que nos lleva de Góngora

y la erudición alfonsina a la actitud con que se acerca María Rosa a *La Celestina* en su nuevo libro:⁵

Berkeley, 5 de abril de 1958.

Querido don Alfonso:

Hoy, prosa. Después de leer los versos de veras de Ud. me avergüenzo de mis payasadas con el metro y la rima, y entro en razón, i.e., me reconozco y renuncio. ¡Felices los que pueden no renunciar!

*He saboreado con delicia todo el tomo —qué amplitud, qué agudeza—, y me he detenido especialmente en la magnífica serie de estudios sobre Góngora. Esa es filología a mi gusto. Como todos los libros inteligentes, este tomo VII tiene, por añadidura, cierto mágico don de oportunidad. Pues estos días, reelaborando el cap. XI de mi *Celestina* —¡ojalá esté pronto bajo el ala de Ud.!— me desazona la actitud de dos críticos tan estimables y capaces como Gilman y Bataillon que, provistos cada cual de su llave maestra (conflicto existencialista, didactismo moral), resuelven cuanto hay por resolver en *La Celestina*, incluso género literario, autoría, técnica teatral, estilo. A mí, que abordo *La Celestina* filológicamente, la audacia y el simplismo de estas panaceas me desconciertan. Y sospecho que los críticos más aficionados a revelar las entretelas del alma del autor que a examinar la obra, expresan así su anhelo fallido de ser artistas, y no críticos. Ud., cabal artista en sus obras de creación, es cabal erudito en sus obras de erudición. Yo creo que el artista "vale" más que el crítico —en términos absolutos—, pero que el crítico que reconoce su papel vale más que el crítico con veleidades que no le alcanzan para artista y le embrollan como crítico.*

Gracias, don Alfonso, por la relectura tranquilizadora de sus Estudios gongorinos; gracias por el resto.

*Con el invariable afecto y admiración de
MARÍA R.*

La próxima carta de María Rosa nos trae, junto con sus observaciones sobre *Los tres tesoros* de Reyes, unas conmovedoras palabras respecto a la lucha de María Rosa con problemas de la vista, un poco reminiscentes de Jorge Luis Borges en su problema con la ceguera:

⁵ MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, *La originalidad artística de La Celestina*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962.

Berkeley, 23 de enero de 1959

Querido don Alfonso:

¿Permite Vd. que le aburra con impertinencias personales? Tengo la vista en pésimo estado; ya no me es posible leer sin hacer pausas cada 20 ó 30 minutos. Pues bien: ayer, cuando acababa una de estas dosis de lectura, el correo me trajo Los tres tesoros. Confieso que por un momento vacilé, porque conozco demasiado el dolor que me atenace los ojos cuando me excedo en mis miserables dosis. Pero la vacilación no duró mucho y, una vez empezado el libro, ni qué decir tiene que lo leí de una sentada ¡sin dolor de ojos! Y luego dirán que no hay Apolo, que no hay Musas.

Yo no sé cómo poner en palabras, don Alfonso, el goce vivísimo que tuve al saborear su parábola-comedia, con sus dos notas que rara vez andan juntas: novedad y perfección. ¡Qué señorío en todo! Riqueza y sobriedad, sabiduría y sencillez, hondura e ingenio, "sotil artificio, fuerte e claro mental". Porque entre tantos primores me encantó, como Vd. comprenderá, la factura celestinesca: acción y diálogo archidramático más acotación no externa. Nada me gustaría más que oír leer Los tres tesoros en círculo de amigos, en alta voz "a veces con gozo, esperanza y pasión, / a veces ayrado con gran turbación", como recomendaba el bueno de Alonso de Proaza. ¡Cómo destacaría en una lectura dramática esa esencial finura de la obra, que inevitablemente trae el recuerdo del otro mexicano, don Juan Ruiz de Alarcón, el único "gran señor" en la Comedia del Siglo de Oro!

¿Dije "la leí de una sentada"? No: al llegar a la página 62, me levanté a buscar un lápiz y subrayar lo mejor que se ha dicho y se dirá nunca sobre los clásicos:

Con un pequeño esfuerzo de imaginación, hallo en ellos cuanto necesito.

Otra enmienda. ¿Los tres tesoros? No: un tesoro que vale por tres y por trescientos.

Admirada y agradecida

MARÍA R.

Una pequeña carta de enhorabuena a Don Alfonso viene envuelta en su ropaje de sabrosa erudición medievalista:

Berkeley, 26 de febrero de 1959

Querido don Alfonso:

Según Berceo, San Bernardo de Claravalle dice a la Virgen que si ella le cuenta cómo pasó la Pasión, las gentes

sabrán maiores nuevas de la tu alabancia
que non regunçian todos los maestros de
Francia.

Maravilloso colmo: contar más que los maestros de Francia. Lo recordé al enterarme —con mi acostumbrado retraso— del grado de doctor con que la Universidad de París le ha honrado a Ud. —y recíprocamente. Bien por ella y bien por Ud., maestro de América y maestro de Francia.

Con todo afecto,

MARÍA R.

Gracias por los sabrosos boletines de la Biblioteca Alfonsina.

Y luego sube a la superficie la mutua bibliofilia, estimulada por el Boletín de su propia biblioteca que le envía Don Alfonso:

Berkeley, 16 de abril de 1959

Querido don Alfonso:

Magnífica la fotografía de la hermosa biblioteca, toda llena del espíritu y presencia de Ud. Creo que Rose Macaulay incluyó entre los "minor pleasures of life" la lectura de catálogos. ¿"Minor"? No cuando el catálogo es de biblioteca como la suya. Yo picoteo con delicia en los sabrosos comentarios del Boletín. Después de leído el No. 3, miro con más amor mi ejemplar del Siglo pitagórico (segunda edición, claro), que compré en Buenos Aires, en 1940, con lo que me pagó Gonzalo Losada por mi edicioncita de Horacio.

Por correo ordinario tengo el gusto —y no es fórmula, don Alfonso— de enviarle a Ud. mi T.W. Allen, The homeric catalogue of ships, que figura en las obras solicitadas: será para mí un gran honor saberlo incorporado a la colección de Ud.

Muy afectuosamente

MARÍA R.

La siguiente meditación tras nuevas reflexiones sobre su libro de *La Celestina*:

Berkeley, 26 de mayo de 1959

Querido Don Alfonso:

Hay pocas cosas más conmovedoras en la mitología griega que el mito de las Horas o, si Ud. prefiere, la sensibilidad de los griegos al proceso del tiempo, y su muy especial sensibilidad al término del proceso personificado como dador de lo producido durante su duración: la Hora, la Sazón, con las manos colmadas de los frutos en perfecta madurez. (En mis mocedades, de empleadilla nacional, siempre pensé que si los griegos hubiesen conocido ese raro modo de vivir que se llama, por excelencia, "empleo", habrían hipostasiado el 1o. de mes una diosa juvenil, portadora del mágico cheque). Los griegos tenían razón: al fin el regodeo romántico en el proceso es puro egoísmo —o virtuosismo: tanto da. Lo que cuenta es el acabamiento, lo que se ofrece, hecho, a los demás, lo que los demás pueden juzgar.

El mito de las Horas me ha rondado estos últimos días, querido don Alfonso, porque el girar de las estaciones y el rodar de los años... ha acabado por traerme —imposible parece— el cumplimiento de mi libro. Ayer acabé mi libro *La Celestina*, empezado en octubre de 1947, repensado y rehecho ya no sé cuántas veces. Se lo he enviado al buen amigo Alatorre [Antonio Alatorre de El Colegio de México], y nada me daría más felicidad que verlo incorporado a las Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica: "que sea pronto y en nuestros días", como reza la plegaria hebrea.

Es un libro largo, no una declamación retórica so pretexto de Rojas. Tampoco es un ensayo freudista, existencialista, racista o alegorizante. Ud., como verdadero scholar que es, podrá apreciar mejor que ninguno lo que he querido hacer: sencillamente estudiar una maravilla que ha sido tema de mucha (seudo) literatura y de poco estudio. El propósito no puede ser más a contracorriente, como Ud. ve. Pero

¿A quién contaré mis cuitas si a vos no? ¿A quién si no a Ud., querido don Alfonso, puedo pedir simpatía y apoyo para un trabajo de esta índole? Confieso que he temblado al entregar al correo la carga de papeles en que van casi doce años de mi vida; pero pienso que mi pobrecita hija *Celestina* no se hallará sola, peregrina y errante en México —país que ha sido ya tan generoso con Raimundo [Raimundo Lida] y conmigo—, pues cuenta en la persona de Ud. con el padrino ideal que la llevará a buen término.

Con los más cariñosos votos por su salud, preciosa para todos, y con la gratitud entera de

MARÍA R.

Y finalmente estas observaciones en torno al Tomo IX de las *Obras* de Don Alfonso:

Berkeley, 28 de julio de 1959.

Querido don Alfonso:

Nueve, el número de las Musas. ¡Qué cosecha, la de este tomo IX! Y lo que más he paladeado —lo que siempre echo de menos en libros españoles— es ese espíritu abierto, esa curiosidad y simpatía que convence de provinciano tanto libro europeo y estadounidense. Ud., con don Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges: ¿será este espíritu excelencia hispanoamericana? ¡Ojalá! (Escribo esto y recuerdo sus observaciones —exactísimas— sobre el nacionalismo argentino. Bueno fuera que yo, con mi horror a todo nacionalismo, fuese a caer en un continentalismo).

Para hacerle sonreír, transcribo aquí mis apostillas:

Pág. 42. México en una nuez y, pág. 187, El Brasil en una castaña. ¡con qué ganas me he quedado de la Argentina en una almendra! (Esto no es nacionalismo, sino caridad bien entendida)...

Pág. 461. Bien por la novela policial. Muy de acuerdo en que su boga es esencialmente reacción aristotélica —forma, inteligencia— a la novela al uso, desarticulada, sensiblera e indecente. ¡Viva la novela policial, viva Edipo rey (rey, entre otros, de los whodunits), viva Aristóteles! ¡viva!...

Dios bendiga a Ud., don Alfonso,

MARÍA R.

Así dos eruditos amigos mantenían abiertos los vasos comunicantes de cordial intercambio, tan esenciales para Don Alfonso (y para ambos) en su vivencia de humanista cabal.

Cerramos recordando el modelo de erudita juguetonería con que María Rosa Lida rindió homenaje a Alfonso Reyes en su cincuentenario de escritor o "bodas de oro con la pluma": después de ofrecerle la exégesis de un poema en latín sobre el chocolate —"brindemos al autor de *Minuta* el poema didáctico en tres libros *De mentis potu siue de cocolatis opificio*, añejo choco-

late en jícara de hexámetros latinos"— María Rosa termina con este epílogo de su propia cosecha:

Tal, en pleitohomenaje a don Alfonso
(nombre de reyes), escribí, a la vera
del Pacífico oceano, aunque nacida
en la llanura del leonado Plata;
a tiempo que Crujiente y Rajaferro,
uno en Villalavante [=Washington],
otro en Moscovia,
empuñan el timón de Este y Oeste.
¡Así merezca yo, secuaz del mate
—que es agua sola y sólo olor de patria—,
el elixir de México, exquisito
y denso, cual la tierra mexicana!⁶

⁶ MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, "Elíxir de América", en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México: UNAM (Dirección General de Difusión Cultural, 1956, pp. 191-201.

LA CONCIENCIA DE LATINOAMERICA EN TRES DRAMAS CONTEMPORANEOS

DR. MYRON I. LICHTBLAU
Syracuse University

COMO TEMA IMPORTANTE EN EL drama contemporáneo de Hispano-américa figura el despertar de la conciencia de América en sus valores más profundos. Por un lado, el concepto es algo abstracto, como toda ideología; por otro, es de una significación real para quienes viven la realidad latinoamericana y procuran entenderla y mejorarla. El teatro ofrece campo abierto a las facultades creadoras del escritor para explotar este tema, desarrollarlo imaginativamente y forjar una visión artística de lo que se observa. El propósito de este artículo es examinar las diversas maneras en que tres dramaturgos contemporáneos tratan este tema, notando su técnica y los recursos teatrales de que se valen para lograr la finalidad artística. Estas tres obras son *Collacocha*, del peruano Enrique Solari Swayne;¹ *Vejigantes*, del puertorriqueño Francisco Arriví;² y *Los invasores*, del chileno Egon Wolff.³

¹ La edición de *Collacocha* utilizada en este trabajo y a que se refieren todas las citas es la siguiente: *Teatro peruano contemporáneo* (Madrid: Aguilar, 1963), págs. 317-409. Solari Swayne nació en 1915. Según Frank Deuster, en su *Teatro hispanoamericano: Tres piezas* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1965), p. 181, *Collacocha* es la única obra del autor llevada a la escena, aunque ha escrito dos más. No hay mayor indicio del espíritu humanitario que ha guiado a Solari Swayne que las palabras de la dedicatoria: "Dedico esta obra, en general, a todos los que están empeñados, generosa, sana y vigorosamente, en forjar un Perú más justo y más feliz. En forma especial, la dedico a todos aquellos que están empeñados en la habilitación de nuestro suelo como morada del hombre. Porque, quizá, ellos también podrían decir, con el protagonista de la obra: 'Estamos combatiendo la miseria humana y estamos construyendo la felicidad de los hombres del futuro.'" (p. 319).

² La edición de *Los vejigantes* que utilicé y a que se refieren las citas es la siguiente: *Teatro puertorriqueño* (San Juan: Instituto de Cultura puertorriqueña, 1959), págs. 279-407. Arriví (n. 1915) es un hombre dedicado por completo al teatro, no sólo como autor, sino también como director de escena y jefe del movimiento de